

Encontrándonos con que en muy pocas obras como en las del de Fiésole la forma proclama y se estremece el color.

¡Cuánta distancia hay en Frá Angélico entre los dos quehaceres definitivos de una pintura —el de color y el de la forma— y qué compenetración más tremenda! Como en los mediodías, ¡qué segura es la gloria entrevista y qué palpitante, qué milagrosa la verdad! Estamos ante una de las obras más rotundas y más íntimas de la pintura grande. Se obra el prodigio, el raro ayuntamiento de concreción y del palpito personal. Por eso en ella nada es duro, porque todo es cándido. Ni nada es cándido —blanda y despreciablemente cándido, desde un punto de vista artístico—, en función de la precisión formal que tonifica en sus cuadros la más inédita e íntima confesión.

Sabemos, sabemos al escribir estas líneas, que a los que quieren demasiado esclarecida la problemática de una obra artística, les parecerá que todo lo que decimos son palabras. Aparte que no nos sea dado expresarnos de otra manera, estamos contentos de insinuar con escasa concreción y de rotundizar en ocasiones con levedad. Es el caso del Beato Angélico. El no incurrió nunca en el hermetismo artístico —grave pecado expresivo, como se sabe—, porque sus palabras nacieron siempre dispuestas a expresarse rotundamente, y lo hicieron con naturalidad, pero no sin antes ruborizarse en el gran tono lírico de su color. La grave y eficaz penitencia de la forma en arte —cuando ésta no se decide a hermetizarse falsamente— es el color pertinente. La enorme disciplina de un color demasiado confidente lo encontramos en obras plenas como las de Frá Angélico, dentro de las cuales las formas no actúan como pobres límites, sino como gran

rigor. Hemos visto que el entendimiento místico del Beato de Fiésole era mucho mayor que sus dotes expresivas, con ser éstas tan prodigiosas. Pues bien; las dotes del artista consideran el ensueño, la naturaleza básica de la obra de arte en este caso, como un gran milagro. Esforzándose no en reproducirlo soberbiamente, grandilocuamente, sino con una humildad luminosa, que las hace milagrosas a su vez.

El milagro artístico lo consiguió Frá Angélico pintando de rodillas. La angélica consternación de toda su obra es la que determina el tono plural de sus colores, encendidos de encanto, de ternura, de delicadeza, en vez de instinto pasional. Todo lo por él revelado es así divino. Aunque cultivó con preferencia los temas religiosos, como cualquiera sabe, hizo que su unidad artística fuese un cielo, muy concreto por debido a mano de hombre, pero tan estremecidamente milagroso como el que el artista soñó. Recuerdo, recuerdo en este instante final, sus flores, sus espacios, sus ámbitos. Y pido, como en esas ocasiones desesperadas en las que, desgraciadamente, tanto incurrimos los hombres, capacidad para entender en toda su pureza el mundo que él creó. Inmersos en cualquier ámbito del Angélico, lo entendemos a él perfectamente. Disfrutando el clima de Guido de Pietro nos damos cuenta que este artista no tenía un ángel, como solemos decir de los auténticos, desde el instante que se trató de un ángel suficientemente humanizado para hacerse entender. Desconfiamos, desconfiamos por lo general, de todos esos seres que suelen calificarse de «angélicos», de «seráficos», de «cidos». Enamorados —cada día que pasa con más fuerza— de este ángel humano nacido en Italia, para el que entender no era otra cosa que sentir y volar.